

Detectivescos

ÓSCAR QUADRADO MENDOZA

ÍNDICE

Prólogo...	9
Prefacio y sobre él...	13
La verdadera historia del señor Judd...	17
Historia de un <i>marmite</i> ...	41
Colofones británicos...	71
Ración de paella...	82
Rosacruz...	87
Cromatismos...	94
El hombre dado...	122
Príncipe rescata princesa o los calzoncillos de oro...	133
De sagas, caballeros, princesas, medio pollo y algún sapito...	145
O y A...	153
7 <i>Bingholtsstræti</i> ...	160
El columnista...	174
Inflación psicotécnica de las maquinitas...	180
Subdeportes...	186
La casa del ron...	200
Ocean City y los setenta días...	205
Autores no autores...	221
Ecologistas la noche de San Simón Phan Dác Hòa...	230
John Ronald Reuel Tolkien...	238
Una historia gubernamental...	254
Gárgaras en rue des Bernardins...	260
Un virus muy real (de realeza)...	282
Después de las ocho...	332

PRÓLOGO

«A veces, las personas que hacen locuras no están necesariamente locas». Me permito el lujo de empezar con esta oración de Elliot Aronson, desde mi punto de vista uno de los grandes investigadores de los dos últimos siglos. Lo hago por dos motivos concretos: el primer motivo es que estoy convencido de que o bien Augusto Literario protagonista de este libro, o bien Óscar Quadrado Mendoza, su autor, han sido discípulos suyos. Este dato ya nos da la primera pista de que estamos ante un libro detectivesco distinto, donde la parte social de cualquier investigación siempre es importante. En la parte social por supuesto tiene cabida la gastronomía y los tragos, siempre presentes en este libro. El siguiente indicio de que nos adentramos en un libro especial son los temas tratados a lo largo del mismo, todos ellos temas reales, de actualidad y de temáticas diversas. Alguno de ellos ha tenido sin respiración a la población mundial, otros han sido censurados y otros muchos no autorizados para ser investigados. En este sentido tenemos suerte porque Óscar Quadrado Mendoza al que conocí de estudiante, ahora estudioso de muchas materias además de pa-

dre, escritor y abogado de prestigio, es el editor. No hay riesgo de censura a excepción de al prologuista.

¿Tenéis curiosidad por conocer alguno de los secretos no contados entre Venezuela y España?, ¿queréis conocer la investigación real, encargada sobre Blancanieves, Caperucita Roja y Cenicienta? o por el contrario preferís que quede resuelto el segundo gran conflicto diplomático entre Reino Unido y España del siglo veintiuno, después del Peñón de Gibraltar y provocado por el reconocido cocinero Jamie Oliver, ¿paella con o sin chorizo? Sobre el Reino Unido no puedo dejar de destacar la investigación de la hora del té.

Estos temas y muchos otros son investigados por el señor Literario a lo largo de distintos países, con un método de investigación empírico y a la vez socrático. Invita al lector a profundizar en los aspectos no explicados de los diferentes enigmas, observando los detalles y su relación con los valores y creencias de las personas, que hacen que en algunos casos individuos con la misma información lleguen a conclusiones distintas. En este sentido, no os perdáis el capítulo «O y A».

Augusto Literario será presentado más adelante por el autor, pero sí puedo adelantaros que como buenos lectores de libros detectivescos pondréis en duda su autenticidad. Desde mi punto de vista tanto él como sus relatos son auténticos. Sé esto de buena tinta, porque hace algunos años Augusto Literario recibió el encargo de encontrar a Pedro Montero. No fue su investigación más exitosa, aunque sí resuelta. Tardó años en encontrarle, pasando por Perú, comunidades LGTBIQ++ y otros lugares que quizás Augusto Literario nos desvele en un futuro libro.

El segundo motivo por el que quería mencionar «A veces, las personas que hacen locuras no están necesariamente locas» es porque tanto al autor como a Augusto Literario los veo positivamente relacionados con la palabra locura. Los considero «extraordinarios y fuera de lo común». Aunque bien es cierto que la acepción uno y dos de la Real Academia de la Lengua para la palabra locura, «privación del juicio o del uso de la razón» y «despropósito o gran desacierto» respectivamente, también están presentes en sus vidas, esta situación no del todo extraña una vez leído el capítulo «El hombre dado».

Cada día es una oportunidad para investigar algo nuevo o nueva.

9 de mayo de 2021

Pedro Montero Rubio

PREFACIO Y SOBRE ÉL

Augusto Literario existe. Es real. No es Sam Spade, ni Nick o Nora Charles, ni mucho menos un agente de la Continental. Tampoco es Hank Quinlan, Philip Marlowe, Rick Deckard, Lew Harper, John Hartigan, Jake Gittes, Rupert Cadell o Germán Areta. Es una mezcla de Scottie Ferguson, Henry Chinaski y Bernie Gunther, en su entusiasmo más literario. Un apasionado Barton Keyes. Un Huntley Haverstock novelesco en donde la condición de investigador no es elegida sino impuesta.

Y aunque no todos, pero sí una gran mayoría de los relatos de detectives son de ficción, los siguientes que está a

punto de comenzar, no lo son. Tan solo una pequeñísima parte de estos relatos pertenece a la ficción y no es otra que una tejida red de calambures, *fumismos* y recursos estilísticos que puedo permitirme yo, el narrador. Yo conozco a Augusto Literario. O mejor dicho, le conocí. Y si por alguna razón, ustedes lectores, quisieran conocer más sobre él o simplemente jugar a conocer la ficción, solo tienen que ponerse en contacto con un servidor. Solo les pido una cosa: que presten atención y no confundan al señor Literario conmigo, pues algunos relatos estarán narrados en tercera persona y otros en primera, como si el verdadero Augusto Literario estuviera presente, tal y como a mí me lo describió. Algunos de los relatos que he conseguido recopilar muchas veces son un legajo de anotaciones que el propio Augusto Literario escribió; en otras ocasiones corresponden a exégesis derivadas de sus pro-

prios casos, estadísticas e investigaciones. Pero Augusto Literario no siempre fue un detective literario. Ni siquiera en sus remotos orígenes como investigador recurría a la literatura. Pero él sí recurrió a mí antes de desaparecer, entregándome varios documentos y textos que reproduzco en mayor medida en esta edición, y que son prueba de su biografía.

La única diferencia entre escritor y detective, es que mientras el primero busca publicar la historia, el segundo únicamente se debe a su cliente. Augusto literario es el detective; yo, desafortunadamente, el escritor.

Únase este libro como aportación al Club Fumista de Madrid, del que soy socio gregueriano mayor y bajo el lema:

*Hay unos zapatos detectivescos que parecen perseguir
al que los lleva.*

Óscar Quadrado Mendoza

EL HOMBRE DADO

Dedicado a George Powers Cockcroft¹

Conocí a Augusto Literario de una manera algo extraña. Acababa de terminar de escribir el prólogo para la obra *Capricho* de Luke Rhinehart, autor que tanto me había influido y cuya amistad me había regalado. Estaba sentado en un banco de madera casi escondido, en la mitad de un gran bosque, cerca del embarcadero y de la ermita. Una voz me susurro al oído y al girarme lo vi a él. Era Augusto Literario. Fue la única vez que estuve con él, pero tuvo tiempo para entregarme una carpeta llena de documentos y otros textos, que en cierta medida

¹ George Powers Cockcroft, conocido por el alias Luke Rhinehart fue un escritor norteamericano que falleció el 6 de noviembre de 2020. Su novela *El hombre de los dados*, sigue siendo a día de hoy, una de las obras más influyentes en los últimos dos siglos.

reproduzco en este libro. Pero la alquimia que ocurrió allí fue tan extraña que aún hoy, en el momento de estar escribiendo estas líneas, sigo preguntándome si tuvo alguna relación con *El hombre de los dados*. Pero la respuesta está cada vez más lejana de mí y más cerca de usted, querido lector, por lo que le reproduzco a continuación, el prólogo que escribí aquel día antes de conocer al señor Literario, por si encontrara una conspicua respuesta.

Existe el Parque de El Capricho. Lo conozco. Ahí es donde estoy ahora mismo, sentado en un banco perdido entre árboles situado al noreste de la ciudad de Madrid. Probablemente el lugar más inspirador de toda la ciudad. Ahí es donde el azar me ha traído. He buscado la verdad absoluta en los manantiales y en el río, en la frondosidad del bosque, en sus árboles del amor ya casi florecientes, en los templos, así como

en los caminos para poder andar y recorrer. He venido hasta aquí para poder escribir estas líneas. ¿Quién es Capricho? Capricho somos todos, con nuestras virtudes y nuestros defectos, con nuestras causas y nuestros efectos. Pero volvamos atrás en el tiempo, por lo menos quince años...

Acabo de terminar de leer *El hombre de los dados*, del autor Luke Rhinehart. Una de las novelas más influyentes del siglo XX. Un *best seller* que, en cierta medida, cambió la forma de ver las cosas de muchas personas, incluyendo la mía. Un libro que convirtió a muchas personas en hombres-dado. La novela que eternamente será llevada al cine, pero nunca terminará de producirse (*Capricho*, al igual que *El hombre de los dados*, serían novelas fantásticas para una adaptación cinematográfica).

La novela crea tanta raíz en mí que decido iniciar un proyecto nuevo denominado El hombre de los dados bajo el dominio del mismo nombre en castellano. En ese espacio se enseña minuciosamente la filosofía de la obra *El hombre de los dados* y se vuelve una plataforma activa para poner en contacto potenciales hombres-dado y sus experiencias. Se abre igualmente un foro de debate. Si bien es cierto que no he sido un hombre-dado estricto, sí he usado un azar controlado para experimentar y conocer nuevas situaciones, para probarme a mí mismo y sobre todo para formarme en numerosas disciplinas.

Creo mi propio dado de colores con mis propias reglas, recibo continuas cartas de hombres-dado y de sus locas experiencias por todo el mundo (muchas de ellas al borde de la legalidad y de la locura), y conozco a Luke Rhinehart, con

quien entablo una bonita amistad. El dado me ha llevado en algunos momentos por caminos muy obtusos, pero también le estoy muy agradecido a su autor, Luke, por haberme formado. Una de las terapias de dado más famosas consiste en darle determinadas opciones al dado, de entre las cuales alguna de ellas no te gustaría que ocurriera o estarías menos dispuesto a seguir. Se trata de una filosofía compleja con multitud de variantes. En cierta medida, la explicación al citado ejercicio se debe a que los seres humanos tenemos ideas reprimidas dentro de nosotros mismos, a las cuales nunca les damos la oportunidad de poder salir y mostrarse. Mediante el dado se las damos (no es obligatorio lanzar el dado, pero si se hace hay que cumplir con el resultado). En cierta manera el dado me permitió conocer deseos reprimidos, así como darles la oportunidad que merecían. Así fue como descubrí muchas cosas que des-

conocía de mi propia persona y de todas las habilidades y capacidades que tenía ocultas y que tenían muchas ganas de despertar.

A finales del año 2013, hablando con Luke, me anima a que publiquemos su obra *Whim* (*Capricho* en castellano) que fue en un primer momento publicada como *Adventures of Wim*. No tuvo que esforzarse mucho, pero sí caló muy hondo su sentencia acerca del libro que tiene usted lector entre las manos:

«*Capricho* es mi libro preferido». También bajo su palabra, el autor me comunicó lo siguiente: «*Capricho* es una revisión de *Las aventuras de Capricho*, que incluye varias escenas e historias nuevas, algunas bajo guión cinematográfico basadas en el libro que escribí en los años 90. Pero esen-

cialmente los dos libros tienen el mismo espíritu, el mismo humor, la misma idea tan genial. Prefiero *Capricho*, el cual avanza de manera más constante que la historia original».

Normalmente se suele decir que Estados Unidos es un país muy nuevo, un país con poca historia. En cierta medida es así. La mitología de Estados Unidos es aquella derivada de la cercana conquista del salvaje lejano oeste y de sus inexploradas tierras, así como de las tradiciones de las propias tribus indígenas. El lector de *Whim* no tardará en bucear sobre la historia de dicho país, con humor e ironía, al mismo tiempo que rememora sus propias aventuras y experiencias pasadas. *Capricho* es un libro que consigue mezclar una extensa temática de manera equilibrada sin perder la ironía y la crítica de la sociedad. Es así como el autor se desenvuelve con facilidad entre los diferentes deportes (fútbol americano, béisbol, ba-

loncesto, golf, boxeo, bolos, vela...), pero sin abandonar algunos principios zen, sufismos y orientalismos, a los que el autor nos tiene acostumbrados. Una novela que sigue de manera humilde la tradición del héroe excéntrico e irónico como Don Quijote, Cándido o Michael Valentine Smith, pero que no tarda en recordarnos a la siempre negligente actitud de los dioses de *Mundodisco* del aclamado autor Terry Pratchett, a las aventuras de *Tartarín de Tarascón* del olvidado Alphonse Daudet o a la excelente *Sin noticias de Gurb* de Eduardo Mendoza. Algunos medios se han acercado a la verdadera esencia de *Whim*: «Anárquica, moderna, subversiva y cómica» (The London Times), «Una de las mejores lecturas del año» (Belfast Telegraph), «Una de las mejores novelas de humor de la década... puro placer... construye una sonrisa bajo cada línea...» (Peter Tennant en el magazine literario

The Third Alternative), «Disparatada, estrafalaria, original, a veces conmovedora» (Bestsellers, UK). Y la verdad es que hace mucho que no actúo como hombre-dado, lo limito a mi actividad más cultural. No sé cuál será mi próxima aventura-dado. El proyecto de El hombre de los dados en España terminó hace unos años. De hecho, hace ocho meses que no lanzo un dado, aunque he de advertir que la última vez, desde luego, fue una situación graciosa y que sirva como meta de mis palabras: Emmanuel Carrère, el genial escritor y director francés, que por entonces se encontraba investigando acerca de los hombres-dado me llama para venir a conocerme a Madrid. Está recogiendo información sobre la filosofía de *El hombre de los dados* para narrar una historia (que unos meses después se llamará *À la recherche de l'homme-dé* publicado en la revista francesa *Revue XXI* y cuyo capítulo 4 está ínte-

gramente dedicado a nuestra experiencia). Para ello se está citando con diferentes conocedores de la obra y yo, como coordinador del proyecto en España, he sido elegido. Carrère llega a Madrid y es recibido en mi casa, en donde pasará la noche. Carrère me interroga y debate acerca de *El hombre de los dados*. La charla nos lleva varias horas con buen té, salmón y vino. Hablamos, entre otros temas, del I-Ching, de Hannah Arendt y de la teoría de los roles, del falso autostop que incluye el *Libro de los amores ridículos* de Milan Kundera, así como de la teoría de la despersonalización, resultados y limitaciones del Experimento de Stamford. La charla deriva incluso en iniciar un documental esa misma noche sobre el uso del dado. Después de muchos vinos el escritor francés se siente muy intrigado, así como interesado y decide que hagamos una primera prueba: lanzar el dado. Se trata del primer

lanzamiento de dado del escritor francés y en dicha tirada va a decidir qué y cómo cenamos esa noche. Incluye diferentes variantes como salir a cenar a un restaurante caro, a uno barato, realizar un viaje hasta Sevilla para ir a cenar, invitarnos a la casa de algún desconocido vecino o que sea el propio escritor francés quien cocine (el invitado, en mi propia casa y sin ningún tipo de ayuda). Lanza el dado y ¡zas!, sale un resultado para que el que no estábamos para nada preparados: el invitado debe cocinar. Los dos nos convertimos en Capricho esa noche.

P.S. La cena estuvo deliciosa. Muchas gracias Luke. ¿La siguiente tirada?

OCEAN CITY Y LOS SETENTA DÍAS

Cómo llega a fallecer o a perder su libertad un joven español en las cárceles americanas, por una falsa denuncia muy de moda en los últimos tiempos o por pruebas falsas creadas por las autoridades para poder presumir de la resolución del caso, es algo que conocemos. Pero cómo llega a fallecer ahogado y en calzoncillos translúcidos un joven español estudiante de derecho durante una tormenta frente a la playa de Ocean City a la altura de las rocas de la calle 12, es otra cuestión. Algo más complejo. Siempre hemos dicho que el alcohol, ese líquido casi inseparable de los jóvenes, es perjudicial para ellos más de lo que creen. Veamos.

Brando viajó, setenta días antes de su muerte, desde Madrid a Ocean City, haciendo escala en París y Nueva York. Pero veámoslo más de cerca. Es el año 2001, una nueva forma de comenzar el milenio. La salida de Madrid se produce con la demora suficiente para perder el vuelo de conexión en París. La compañía aérea, Air France, le ofrece una noche de alojamiento en un hotel situado junto al aeropuerto además de varios enseres. Pero no puede ser una noche cualquiera, Brando, así como el resto de compañeros que pierden la conexión, deciden crear un curioso grupo y emborracharse en París. Solo tienen una noche y ya empieza a ser tarde. Entre el resto de viajeros debemos distinguir a un joven de unos veinticinco años licenciado en matemáticas. Desconocemos su nombre, pero sí que fue bautizado como Wallace. Aunque tiene un pelo largo castaño y poco cuidado, como si no se hubiera la-

vado en varios días, no se parece absolutamente en nada a William Wallace sino a Iggy Pop, músico al que por cierto admira. Wallace se dirige a Saint Louis; o a Louisville; o a Nueva Orleans. No estoy seguro. Allí está su madre con su tía. No recuerdo si es su tía la que vive allí o su madre, pero lo importante es que ha decidido ir a pasar el verano con sus familiares.

Pero el tiempo corre en contra. Nuestros viajeros deciden visitar un colmado de Saint Germain y deciden brindar en el puente de los artistas. Después de muchos brindis siguen brindando a la vez que deciden caminar durante horas hasta que llegan a la Torre Eiffel. Allí se quedan un rato tirados, justo debajo de sus cuatro pies.

¡Oh, solo minutos después nuestros viajeros han decidido escalar la inmensa estructura de metal! ¡Oh, qué pensarán los operarios que están unas decenas de metros por encima haciendo unos arreglos!

Se deciden por el Pilar Este. Es quizá el momento para explicar al lector algo que la mayoría de las personas desconocen: las patas de la Torre Eiffel tienen nombre y coinciden con los cuatro puntos cardinales. La primera parte es la más complicada, para llegar hasta los pies de metal hay que escalar un muro de hormigón de difícil acceso. Luego todo es más fácil, como si fuera una escalera. Pero, ¿qué ocurre cuando llevan unos metros y se están acercando a los operarios? ¿Quién es ese señor que se acerca lentamente desde el Champ de Mars balanceándose enfadado como una peonza y como si

hubiera estado agitando una botella de pastis en lugar de hacer su trabajo? En este justo momento Wallace está tumbado y se encuentra cantando completamente perdido y desconcertado, con los brazos y piernas abiertos como si fuera una estrella de mar. Como buen matemático está situado justo en el centro de la brújula, en su cenit inverso, sobre el suelo. Justamente a trescientos veinticuatro metros por debajo de su punto más alto. ¡Es un vigilante!

Nuestros viajeros consiguen bajar y dar la voz de alarma, pero Wallace está completamente desorientado, el alcohol ha sido su yesca y pedernal. Junto a gritos en francés por parte del vigilante nuestro grupo de gamberros consigue escaparse. Y Wallace necesitó excesiva ayuda aquella noche.

Al día siguiente, no recuerdan cómo han llegado hasta la puerta de embarque de su vuelo con destino JFK New York, pero ya embarcados tendrán algo de tiempo para descansar o recordar.

Deberíamos explicar qué hace Brando en Nueva York. Bajo la excusa de aprender inglés, ese invento de maleantes que buscan juerga junto al muelle, ha decidido trasladarse para vivir su especial sueño americano. En ese mismo momento muchos jóvenes americanos están siendo injustamente acusados de delitos que no han cometido y cuyos casos la policía ya se ha encargado de resolver a base de pruebas falsas. Justo después, cientos de esos jóvenes ya han sido juzgados, algunos con futuro incierto, otros con cadena perpetua o pena de muerte. Es el sueño americano. Es la tierra donde

Brando ha decidido establecerse para aprender eso tan de moda llamado «idioma inglés».

Entrar en suelo americano (utilizaremos este término como sinónimo de estadounidense) no es tarea fácil, aunque hay muchas vías. Hay al menos siete maneras de entrar en Estados Unidos: como ciudadano estadounidense, como portador de la *Green card* o Tarjeta verde de residencia permanente, atravesando ilegalmente túneles bajo tierra, como turista con camisa hawaiana sin el objetivo de atentar contra la vida del presidente, aterrizando en Guantánamo esposado de pies y manos, como futuro trabajador esponsorizado por una empresa o como estudiante. La verdad es que hay muchas visas y circunstancias, pero estas son las importantes y sin detenernos en describir sus características (no es el motivo de

este relato), sí es importante conocer que Brando entró en junio del año 2001 con un visado *J-1 Exchange visitor* de estudiante trabajador emitido por la Embajada de los Estados Unidos. Para conseguir este visado Brando tuvo que buscar una oferta de trabajo de alguna empresa. Después de mucho buscar, principalmente en las dos costas, como *busboy* o *busser*², camarero, taxista o *pedicab driver*³, una empresa de Maryland le contestó que sí, que le ofrecía un trabajo como jardinero en un vivero de plantas no muy lejos de la costa. Brando se enganchó a esa oferta para poder seguir la tramitación de su visado, pero siempre con la certeza de que probablemente nunca trabajaría en aquel lugar.

² ¿Limpíamesas?

³ Conductor que traslada a los pasajeros utilizando una bicicleta.

La aduana de Estados Unidos es ampliamente conocida. Ha creado una mitología al respecto y todos conocen alguna historia al respecto. Cuando Brando llega, ya no puede contestar que se va a quedar en el hotel en el que se iba a hospedar porque llega con un día de retraso y así es como se lo comunica al oficial del control de pasaportes.

—¡Documentación! —reclama el oficial.

—Tome —le entrega el pasaporte, junto con la documentación del *J-1 Exchange visitor* y algún que otro justificante que afirma que el motivo de entrar en aquel país no es para asesinar al Presidente de la nación.

—¿A dónde se dirige?

—A Ocean City.

—¿Viaja solo?

—Sí.

—¿Dónde se queda a dormir?

—Umm, tenía reserva de una noche en el hotel Novotel de Times Square, pero llego con un día de retraso.

—¿Dónde se queda a dormir?

—Pues no lo sé, esto...

—¿Dónde se queda a dormir?

—Iré directamente a Ocean City.

—¿Dónde se queda a dormir?

—Buscaré alojamiento allí.

—¿Dónde se queda a dormir?

—En el hotel Novotel de Times Square.

—Puede pasar.

Suponemos que aquel día el oficial se fue a la cama tranquilo por haber hecho correctamente su trabajo, y muy seguro de que ningún joven dormiría en la calle. Aquella noche, aquel oficial descansó. Pero la realidad fue muy distinta, durante las siguientes semanas Brando estuvo deambulando de un sitio a otro, sin casa, malviviendo en lugares que no deberían existir y preguntando de casa en casa por *housing*⁴.

⁴ ¿Habitación disponible?

Esa misma tarde, después de visitar algunas licorerías de Manhattan cogió un Greyhound en Porth Authority con destino final Ocean City. Por la noche, durante una parada de carretera a mitad de camino entre Nueva York y Maryland, en una época sin móviles ni internet, un chico se le acercó y le preguntó que si era español. Resulta que era otro español que viajaba a Ocean City para tratar de ganarse la vida. Se llamaba Thor y nunca más lo volvió a ver⁵, pero sí que me hizo revisar las estadísticas del nombre: actualmente hay 127 Thors en España, con una media de 22,4 años...

⁵ Desde el poder que tiene un escritor, se hace una llamada por si alguien conociera u encontrara a nuestro valiente vikingo, sería una buena oportunidad para verificar que la documentación de Augusto Literario es correcta.

Ocean City es un pueblo costero del estado de Maryland justo en la frontera con Delaware. Es uno de los puntos veraniegos de clase media más importantes de la costa este y su atractivo radica en ser una larguísima restinga de arena blanca fina a lo largo de varios kilómetros formando unas islas-barrera frente al territorio continental.

En Ocean City empezó su periplo por aquella actividad de recreo llamada *housing*: buscar casa. Después de probar en hoteles y apartamentos vacacionales no encontró nada que se ajustara a su presupuesto. Las primeras noches las pasó durmiendo a ras del suelo entre preservativos usados o compartiendo cama (no publicidad) en un motel llamado Sun Tan Motel, el gran motel bronceador de una estrella situado en el 206 de Baltimore Avenue, a la altura de la 3ª y a dos pasos del